

CUADROS SIN PARTITURA

Reseña de "Silver Stallion", de Cat Power

"Cuando hay mucho silencio
llevo mi caballo a la montaña vacía.
Esperamos el rayo que perfora el tiempo
y lo oigo relinchar"

Tania Ganitsky

Estaba acariciándole la cabeza, susurrándole al oído, cuando un rayo iluminó por un segundo todo el llano: su padre gritando su nombre, la casa eterna e imponente, los jóvenes arrieros con linternas, la pradera larga interrumpida por algún árbol, sus senos pequeños pegados a su ropa mojada, el caballo en silencio, sin miedo. La luz la obligó a un escalofrío y se abrazó al animal.

Caminaron hacia el río, que había crecido por la lluvia. Tuvo frío, culpa, pero el animal parecía un dios y ella sintió vergüenza de su tristeza, como alguien también sintió hace tiempo frente a un verso de Whitman.

Pensó en sus sueños, en las razones por las que había decidido huir, y entonces supo que eran todas ridículas, que no habría hombre ni cielo, aunque a veces los hubiera. Tampoco tenía sentido abandonar de la casa y al padre, a pesar de todo. ¿Lanzarse por un abismo con el caballo? ¿Sola? El animal siguió mirándola, como se mira todo.

Decidió cruzar, llevándola, hacia la montaña vacía.

Reseña de "Fratres, For Strings And Percussion", de Arvo Pärt

"In this world there are only two tragedies.

One is not getting what one wants, and the other is getting it"

Oscar Wilde

Es fácil imaginarlo en blanco y negro, muy lentamente. Él con facciones fuertes, ella pálida, desnuda, de espaldas, sobre la cama triste. Algo ha sucedido, asistimos al final. La luz blanca golpea el piso de la habitación, dejando la figura de una ventana. Sus ojos contra la pared, buscan algo o están a punto de encontrar algo, o están simplemente fatigados. Ha pasado demasiado tiempo, pero el cuarto es el mismo. Es el siglo XIX por todos lados. Ya no se trata de bajar al infierno, de mirar o no mirar hacia atrás; es la vida juntos después de la muerte. Por qué no miré, pueden estar diciendo sus ojos, mientras ella está inmóvil, como siempre, desde aquella vez. No se trata de desear la muerte, menos la de un muerto. Se trata de que nada de esto hubiera ocurrido.

Él envejece, adivinamos que no son muchos años los que le quedan. Ella se ha quedado absorta, disecada en la edad de entonces; el cuadro nos ahorra la imagen de su cara, el rostro de la muerte. Hay un escritorio con algunos libros que han sido leídos resignadamente y papel blanco, antiguo. Acaso él se disponga ahora a escribir, finalmente, de nuevo. Un único poema, un último poema. Un verso será suficiente, una línea, la única línea después de la muerte. Todos estos años de silencio para un verso, el definitivo. Eso, eso es lo que está en sus ojos. La revelación de un acervo de palabras simples, claras, terribles. Está a punto de sentarse y decir.

Pero hay algo más; estaba eso primero, luego una duda, y al final algo más. Al parecer es otra revelación, aunque no sonrío, no hay satisfacción. Su cara tiene la misma fatiga de siempre (la que empezó el día que regresaron), pero en sus ojos hay una decisión, otro final, uno suyo, su pequeña venganza contra el tiempo y los hombres y los dioses, contra las palabras certeras: no va a escribirlas.

Reseña de "Fourth of July", de Sufjan Stevens

"Pensar en Él es como pensar en la ruina de un gran imperio"

Thackeray

El patetismo de la presente historia es fácilmente identificable por el oficio de sus protagonistas: uno es Dios y el otro escritor. No por esto hay que olvidar lo igualmente patético de las circunstancias: la locura y la muerte.

Dios ha vuelto de un largo viaje por escrituras que Él no inventó e inventó, y la estadía en la última de ellas lo ha conmovido hasta la locura. Se trata de una comunidad de caballos virtuosos, acaso perfectos, y de una horda de animales sucios y corruptos, demasiado parecidos a los hombres de Su escritura.

De vuelta en Inglaterra, Dios no come, no habla, no admite visitas. Con resignación lo cuida Jonathan Swift, que ya ha muerto en las mismas circunstancias, hace algún tiempo. Dios se pasea de una habitación a otra, arrastrando los pies, hablando consigo mismo (rezando), hasta que un día la fiebre lo recluye para siempre (dos o tres días) a un cuarto húmedo y oscuro. En las noches delira (repite una fecha, habla a un niño invisible, pide disculpas), mientras Swift moja paños con agua fría y se los pone en la frente. En las últimas horas también le pasa la mano por el pelo suavemente mientras susurra, no como una amenaza ni una advertencia, no como venganza, sin ironía; como consuelo, casi tiernamente:

We're all gonna die...

We're all gonna die...

We're all gonna die...

Reseña de "Albuquerque", de Neil Young

La última canción que Neil Young escribió después de la muerte de su hermano la anotó en un pedazo de servilleta en un restaurante de carretera, después de haber manejado dos o tres mil días sin detenerse. Comió unos huevos grasosos con cerveza y pidió un lápiz a una mesera estúpida que lo juzgó sin saber muy bien por qué (hoy lo sabemos: la barba, el mal olor, la tristeza). Los dedos de Young todavía olían a pólvora cuando sostenía sin temblar el lápiz. Se lavó la cara con las manos arrugadas de un hombre de 25 años que acaba de matar por primera vez, y al salir hacia el auto se le volvió a llenar de arena. Se detuvo ante un teléfono público unos segundos, repasó todo lo que estaba por venir (ella lo siguió desde muy lejos, con el sol y el viento de por medio, los carros cruzando) y volvió a sentarse en el auto, pensando en no detenerse en otros dos o tres mil días.